

Año C 29mo domingo tiempo ordinario

Ex 17:8-13; Sal 121; 2 Tm 3:14-4:2; Lc 18:1-8

Este domingo se nos llama a perseverar en la oración. Las lecturas son bastante sencillas. Amalec era el gran enemigo de Israel (ver Dt 25:17-19), y es enumerado entre las naciones poderosas que aterraron tanto a Israel cuando éste exploró la Tierra Prometida, Nm 13:25-33. De hecho, todo el tiempo que Israel perdió en el desierto fue consecuencia de su miedo y falta de fe en Dios que les había mandado ir a tomar la tierra, que ya habían llegado; ver Nm 14; Dt 1. Nuestra primera lectura trata de la fe y la perseverancia en la oración, representada corporalmente por el mantener las manos alzadas aun cuando otros tienen que sostenerlas (algo parecido al paralítico en Mc 2 cuyos amigos lo suben al techo, y cuya fe Jesús ve). Fíjense en que Ex 17:15-16 habla de la “bandera” de Yahveh como símbolo de su guerra perpetua contra “Amalec.” Así que Amalec representa el mal, y la “bandera” (en hebreo, *nes*) es la misma palabra que el “mástil” sobre el cual se debía poner la serpiente de bronce que curaba, Nm 21:8; Jn 3:14-15.

El salmo nos presenta a la persona acongojada orando, alzando los ojos a los lejanos montes en busca de la ayuda del Señor. Yahveh era un Dios de la montaña, y las montañas eran prueba del poder del Dios que hizo el cielo y la tierra. Dios ni duerme ni se adormenta; nosotros imitamos su vida divina perseverando en la oración, aun cuando estamos cansados y nos dormimos. Teresa de Lisieux a menudo se adormentaba cuando rezaba, pero confiaba en que Dios era un Padre amoroso que miraba con bondad y placer a sus niños mientras dormían.

La parábola del evangelio nos presenta a una viuda bastante latosa, que logra volver loco al juez corrupto con su importunidad. Teresa de Ávila experimentó un cambio definitivo de su tibieza e incapacidad de realmente comprometerse con Dios a través de un acto de oración perseverante. Nos cuenta que un día, al entrar al oratorio y al ver una imagen muy herida de Jesús, su corazón se rasgó por cuan mal ella había correspondido a esas llagas. Se echó al suelo ante la imagen con gran flujo de lágrimas y suplicó que una vez por todas el Señor le diera la fuerza para no ofenderlo ya más. “Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí

hasta que hiciese lo que le suplicava” (*Vida* 9,3). Cuando recontaba esta historia a sus amistades, siempre añadía: “Porfié y valióme.”¹

¹ Efrén de la Madre de Dios – Otger Steggink, *Tiempo y vida de Santa Teresa* (Madrid: BAC, 1977²), 146; la última citación es de Ana María de Jesús, *Proc. Avila* 1610, 9.º